

El problema de la democracia en el Tercer Mundo contemporáneo

Amin, Samir

Samir Amin: Cientista social egipcio. Director del Foro del Tercer Mundo (Dakar, Senegal). Autor de estudios y contribuciones teóricas sobre la problemática de las naciones en desarrollo. Entre sus libros se cuentan *Clase y nación* y *Eurocentrismo*.

*El pasado reciente nos ha demostrado una tendencia global hacia la democratización de los regímenes políticos en una escala que bien podría hacerse irreversible. Por lo menos en los países socialistas, la tendencia ha sido impuesta a los poderes establecidos, es decir, éstos deben tomarla en cuenta y adaptarse a sus exigencias o perecer. En los países capitalistas del Tercer Mundo, el llamado por la democracia no ha alcanzado la misma dimensión popular y frecuentemente se limita a las clases medias y a estamentos de la sociedad urbana organizada, por ejemplo, los sindicatos. Aun en tan estrecha escala, la tendencia señala un salto cualitativo en la penetración de una conciencia democrática a través del sistema político de muchísimos países tercermundistas.**

En occidente, un amplio consenso que abarca a gobiernos, opinión pública y medios de comunicación ha surgido en apoyo de aquel llamado, particularmente cuando esta tendencia aparece en los países del Este y a veces en el Tercer Mundo. En este último caso de acuerdo con las razones de Estado de las partes interesadas. Esta tendencia democrática aparece de manera concomitante con otra evolución global que emergió en la década de los 70 y más aun en los 80, una suerte de ofensiva generalizada en favor de la liberalización de las «fuerzas del mercado», apuntando a la rehabilitación de la superioridad absoluta de la propiedad privada, la legitimación de las desigualdades, antiestatismo de todo tipo, etc. El neoliberalismo - nombre dado a la ofensiva - no reconoce fronteras y se estima que tiene validez universal. La «apertura» (a los capitales y a la «información» de los medios de comunicación dominantes, por supuesto) es sinónimo de primordial progreso. En todas partes, los poderes establecidos parecieran estar cayendo en la tendencia. En occidente, donde en la práctica la socialdemocracia se ha alineado con las supues-

tas exigencias de esta «racionalidad» del mercado libre; en el Tercer Mundo, donde todos los regímenes nacionalistas radicales parecieran prehistóricos y aun en los países socialistas, donde fracciones completas de la clase dominante han pasado o están en trance de pasar desde una retirada táctica de su «marxismo» hacia una revisión o abandono total de éste.

La coincidencia de estas dos tendencias hace que nuestra era sea de intensa confusión. El preponderante tañir de la campana ahoga sistemáticamente a todas las voces discordantes y, orquestada por una campaña de prensa sin precedentes, suena como una simple, burda y unilateral afirmación que se considera como evidente. El «mercado» - eufemismo de capitalismo - se estima como el eje central de cualquier «desarrollo» y semejante desarrollo puede producirse sólo como parte de una «irresistible expansión universal». La apertura total a las fuerzas que gobiernan la evolución mundial y la simultánea adopción de un sistema interno basado en el «mercado» se consideran como evidentes.

Se estima la democratización como el producto necesario y natural de sumisión a la racionalidad del mercado mundial. Una simple ecuación dual se deduce a partir de esta lógica: capitalismo = democracia, democracia = capitalismo. Con el mismo criterio se declara difunto al socialismo (y, por supuesto, a Marx junto a éste). Su fracaso es completo, se demostró como sinónimo de ineficiencia y autocracia. De manera similar, se proclama obsoleta la «liberación nacional» y al «nacionalismo» se le acusa necesariamente de engendrar un fatal atraso en la competencia internacional.

Lo más grave de estas proposiciones unilaterales, sencillas al extremo de ser simplonas, sin fundamento científico ni histórico, es que parecieran confundir incluso las filas de aquellos que en los países socialistas y del Tercer Mundo luchan por la democratización y el progreso social.

Hay tres problemas que vale la pena examinar al formular una respuesta a las cuestiones planteadas por el movimiento democrático que opera en el contexto de la ofensiva capitalista: el carácter de la nueva etapa de transnacionalización capitalista - el problema aquí sería si la apertura al exterior se ha hecho en realidad «irresistible»; la crisis del capitalismo real; y finalmente, la gama de aspectos en la relación entre democracia y progreso social bajo las condiciones del Tercer Mundo contemporáneo.

La lógica interna del argumento sugiere atacar los tres problemas en ese orden ya que la respuesta al primero tiene implicaciones en los otros. Este trabajo trata el problema de la democracia en el Tercer Mundo contemporáneo y haré sólo una mención breve de las materias preliminares tratadas más adelante. Igualmente señalaré sólo aquellas de mis conclusiones cuando tengan que mencionarse para situar mi argumentación sobre la materia tratada.

Revolución y ruptura

Si lo que se conoce como países del Tercer Mundo casi nunca ha visto a sus sistemas políticos en forma genuinamente democrática (al estilo de los países capitalistas desarrollados del occidente y por lo menos desde 1945) no se trata de un accidente ni de un resabio de sus «culturas tradicionales». Aquí la democracia es incompatible con las exigencias de la expansión capitalista.

Lo que yo llamo «capitalismo realmente existente», es decir, el capitalismo como un sistema mundial y no como un modo de producción tomado en su más elevado nivel de abstracción, siempre hasta ahora ha generado polarización a escala mundial - contradicción centro-periferia -. Esta dimensión ha sido subestimada por Marx y el marxismo y ha traído al primer plano de la etapa histórica no a revoluciones «socialistas» conducidas por las clases trabajadoras de los países desarrollados sino revoluciones «anticapitalistas» provocadas por la polarización inherente a la expansión capitalista mundial con sus consecuencias socialmente intolerables para los pueblos de la periferia y semiperiferia del sistema.

Las metas estratégicas de estas revoluciones comprenden la ruptura con la lógica de la expansión capitalista mundial. La implementación de estas metas supone un poder basado en la hegemonía «nacional y popular» (y no la «dictadura del proletariado» prevista en la tradición marxista) que reconozca la mezcla conflictiva de aspiraciones de tipo socialista y capitalista. El proceso para alcanzar estas metas implica, en cambio, un avance gradual y continuo de democratización de la sociedad a través de la gestión práctica del poder y la economía.

Los regímenes que surgieron de las llamadas revoluciones socialistas (URSS, China, etc.) se han iniciado para crear las necesarias condiciones que erradicaran la herencia de marginalización producida por el capitalismo, mediante el abandono de los criterios de la racionalidad capitalista, llevando adelante revoluciones sociales internas de gran impacto. Las luchas de liberación nacional, que surgen de un similar rechazo a la marginalización producida por el capitalismo, no han alcanzado

avances tan significativos en la ruptura o la transformación social interna. Hasta ahora, las sociedades que emergieron de estas luchas en el Tercer Mundo, han permanecido sujetas a la ley de la polarización capitalista. La revolución nacional y popular y la ruptura son todavía las metas estratégicas en la lucha por el avance de los pueblos de la periferia del sistema capitalista mundial. A este respecto, el desarrollo de los llamados países socialistas del Este como en aquellos del Sur (el Tercer Mundo capitalista) determina en gran medida no sólo el futuro del socialismo a escala mundial sino hasta el desarrollo social puro y sencillo de la mayoría de la Humanidad.

La propuesta central que he bosquejado aquí erraría en el caso que: (1) las nuevas formas de transnacionalización dejen obsoletas las estrategias nacionales y populares y la consiguiente ruptura y hagan posible un solo y único camino hacia el desarrollo, es decir, el camino capitalista dentro de una apertura mundial y/o (2) que las proposiciones fundamentales del socialismo (y en particular del marxismo) respecto de los límites del capitalismo y de los tipos de democracia desarrollados en base a éstas no tenían basamento científico y que su carácter utópico estaría demostrado por su fracaso en la implementación de las experiencias socialistas.

No debe subestimarse cómo la expansión mundial ha entrado en una fase más profunda marcada por características cualitativamente nuevas, de las cuales mencionaría por lo menos las seis siguientes: reemplazo de los sistemas nacionales de producción (fundados sobre la lógica de los acuerdos sociales producidos en la historia nacional) por un sistema mundial de producción que cuestiona estos acuerdos sociales nacionales; la diseminación del capital financiero; la nueva revolución tecnológica; una cultura mundial producida por la intensificación de las comunicaciones; la disponibilidad de un armamento destructivo que obliga a un cambio en la diplomacia tradicional; y una dependencia ecológica a escala global cada vez mayor.

¿Significa esto que los nuevos factores imponen unilateralmente el sometimiento a la unificación del Mundo a través del «mercado»? ¿Significa esto que el impacto polarizante de la expansión capitalista podría ser neutralizado en el marco de las estrategias nacionales indispuertas a trabajar dentro de semejante sometimiento?

Encuentro necesario condicionar una respuesta a estas preguntas a un análisis sobre los efectos de estas evoluciones en la estructura laboral a escala mundial. Desde este ángulo, los tres primeros puntos mencionados se combinan para acelerar la formación de un ejército pasivo de reserva de mano de obra explotado por el capi-

talismo mundial, especialmente en las periferias en vías de industrializarse. Lejos de atenuar el carácter polarizante propio del capitalismo real, la nueva fase de expansión global puede sólo acentuar los contrastes a través de los cuales ésta se expresa. Más aun, las evoluciones militares, diplomáticas y culturales de la lista contribuyen a alternar los mecanismos a través de los cuales opera la polarización, desde el campo de las relaciones económicas, en sentido estricto, al campo más amplio de la política.

Señalo como corolario, además, que las estrategias capitulacionistas frente a estas conocidas «imitaciones mundiales» conducirán hacia una catástrofe intolerable. La alternativa de una respuesta «nacional y popular» no sólo no tiene rival sino que es ahora más importante aun que en el pasado.

Las formas que ésta tomará aún no están definidas, aunque ya es posible percibir las líneas gruesas. En esta perspectiva, la reconstrucción de un sistema mundial policentrista me parece una opción realista (en cuanto a que sería factible dentro de un plazo razonablemente corto) y la única capaz de restablecer el necesario enfoque para la autonomía que permita el progreso social de todas las partes involucradas.

Ecuaciones erróneas

Por otra parte, se invoca la crisis de las sociedades del Este para sacar la conclusión que el socialismo es utópico, que el capitalismo corresponde a una realidad sin tiempo y que la crítica marxista del capitalismo es una aberración. Esta confusión, cuando se despliega sutilmente, hace posible «vender» la estrategia occidental basada en la ecuación mercado = democracia.

De ninguna manera es así. La democracia burguesa es el producto de la revolución que destronó a la «metafísica tributaria» (Amín, 1989 a). Estableció «iguales derechos» y libertades personales pero no la igualdad (excepto ante la ley). Hasta la segunda mitad del siglo XIX, el movimiento laboral pudo imponer una democracia política no calificada y alcanzar derechos sociales pero dentro del esquema de un compromiso basado en la aceptación de la gestión capitalista de la economía, compromiso mismo hecho posible gracias a la polarización mundial en beneficio de los centros industriales. La democracia occidental está por lo tanto restringida al ámbito político, mientras que la gestión económica continúa basándose en los principios no democráticos de la propiedad privada de los medios de producción y la competencia. En otras palabras, el modo de producción capitalista no requiere en si de la

democracia, sino más bien que la opresión que lo caracteriza permanece oculta en la alienación economicista que afecta a la sociedad toda. En contraste, el proyecto socialista de una sociedad sin clases, libre de la enajenación economicista, implica una estructura democrática. Una vez que se haya roto la confianza capitalista en la competencia, las relaciones sociales basadas en la cooperación entre los trabajadores y no en su sometimiento serán inconcebibles sin el pleno florecimiento de la democracia.

La crisis en las sociedades del Este no invalida estas proposiciones fundamentales debido a la buena razón que no se trata ésta de una crisis en sociedades genuinamente socialistas, sino sociedades que no pueden hacer otra cosa que comprometerse en un plan nacional y popular sobre la base de un rechazo revolucionario a capitular frente a los dictados de la marginalización capitalista.

Actualmente estas sociedades enfrentan una opción triple que brevemente resumo bajo los tres encabezamientos siguientes: evolución hacia una democracia burguesa o avance más allá de ésta, fortaleciendo el poder social de los trabajadores en el manejo de la economía; restauración de una completa y a fondo «economía de mercado» o un avance efectivo recurriendo cuidadosa y controladamente a las fuerzas del mercado a través de una planificación democrática; un acceso ampliamente abierto al exterior sin restricciones o relaciones supervisadas con el mundo capitalista circundante, aunque sea sobre la base de un aumento en el comercio.

El confuso debate teórico y las disputas políticas que reverberan a través de los países orientales se suscitan en parte porque la etiqueta ideológica de «socialista» ha eclipsado el carácter genuinamente «nacional y popular» de las revoluciones históricas que establecieron a cada uno de los regímenes. Pero aun más pertinente es el hecho de que las fuerzas del capitalismo y del socialismo en conflicto se encuentran inmersas dentro de una lucha verdadera. Las fuerzas ansiosas de «restablecer el capitalismo» proponen la aceptación unilateral del «mercado» (como un trampolín hacia la restauración de la propiedad privada de los medios de producción) y de un «acceso abierto al exterior» con o sin democracia (en el sentido occidental de la palabra) de acuerdo con las necesidades tácticas de su proyecto. Si las fuerzas socialistas se distraen de su resistencia a este proyecto y si se les hace difícil articular una alternativa coherente (en las líneas bosquejadas anteriormente) es porque la falta de un debate democrático y la falacia ideológica señalada anteriormente constituyen impedimentos mayores para la acción. Podría agregar que la ofensiva ideológica occidental, orquestada a través de los poderosos medios de comunicación, se está sumando por entero a las fuerzas - aunque antidemocráticas - procapitalistas.

Paradigmas de modernización

La convencional teoría social planteada como explicación por la falta de democracia en el Tercer Mundo es desesperadamente hueca y repetitiva. En sus sucesivos atuendos exigidos según la moda que gobierna la producción intelectual de nuestro tiempo, estas teorías formulan y reformulan el paradigma de la «modernización», es decir, que las sociedades tercermundistas son «semitradicionales y semi-modernas» (en vías de desarrollo y modernización) y por lo tanto conservan la tradición del concepto autocrático del poder, estando constreñidas por la fuerza de las circunstancias a democratizarse gradualmente al tiempo que superan su atraso económico. En este ámbito, al igual que en otros, el camino capitalista es el único que se vislumbra y debería, además, producir la democratización.

Esta tesis, oculta durante un tiempo debido al éxito del «tercermundismo» de la década del sesenta entre los occidentales, ha hecho su última reaparición dentro de una fórmula weberiana (Sandbrook y Barker). Como sabemos, Weber distinguía el poder supuestamente tradicional, descrito como «patrimonial», personalizado y contrario al concepto de la ley de los tiempos modernos de aquel poder burocrático y despersonalizado basado en el concepto de la ley.

En verdad, la tesis de Weber es muy germánica en el sentido que hace extensivas las particulares características de la historia alemana a la historia de toda la humanidad. El poder en las sociedades precapitalistas no era, por regla general, o personalizado o irrespetuoso de la ley. El ejemplo de sociedad tributaria avanzada brindado por la China imperial llegó hasta el límite de una burocracia mandarina impersonal. En el Egipto de los faraones, el faraón Tutmose III de la décimo octava dinastía, escribía a su visir Rejeret que «lo que él (el visir) debía hacer era tomar en cuenta la ley...» (Erman y Ranke, pp. 201-202). Indudablemente que el feudalismo europeo de los primeros siglos (luego de las invasiones de los bárbaros hasta los siglos XIII y XIV) se acerca al modelo weberiano en un aspecto que es el de la personalización del poder feudal. Pero en realidad la fragmentación del poder, condición previa a su personalización, solamente ilustra el hecho de que el feudalismo es una variedad marginal del sistema tributario y no la regla general de la «tradición» precapitalista (Amin, 1980). También podremos ver que el sistema de poder pierde este carácter personalizado en la Europa mercantilista de las monarquías absolutas. Del mismo modo, las burocracias reales fueron similares a aquéllas de otras sociedades tributarias avanzadas, como no dejaron de notarlo observadores contemporáneos (Etiemble), con la notoria excepción de Alemania aferrada a su etapa señorial.

No obstante, el principal elemento de la ideología tributaria no es el «patrimonialismo» sino la «dominación metafísica» (Amin, 1989 a). Esto se aplica en todos los casos, en las formas tributarias avanzadas, puesto en evidencia por el confucianismo en China y el Islam en el califato o en las formas feudales marginales. Excepto que la dominación metafísica opera aquí a través del poder autónomo de la Iglesia, compensando así las falencias estatales. Una vez más, con la evolución de la Europa feudal hacia las monarquías absolutas, la fusión de la Iglesia y el Estado se acercó más al modelo general tributario como lo evidencia el establecimiento de iglesias nacionales reformadas y aun en países católicos tendencias tales como el galicanismo representado en Francia.

Por otra parte, los sistemas «patrimoniales» de ninguna manera ignoraban la ley. En los sistemas tributarios avanzados estaba la ley estatal gobernando la vida social toda, como lo demuestra, por ejemplo, el sharia en los países islámicos. En los sistemas feudales marginales el poder señorial, aun estando personalizado, estaba obligado a respetar los derechos de costumbre del campesinado.

¿Estará en contradicción el concepto moderno del poder delineado por Weber y sus imitadores con el supuesto concepto «patrimonial» y «burocrático» en cuanto a su principal efecto? Ciertamente que no, por cuanto el carácter burocrático es sólo una forma en la cual éste opera. Su contenido esencial es burgués y es el producto del funcionamiento de la democracia burguesa con la única excepción de Alemania - una vez mas - donde la debilidad de la burguesía tuvo como consecuencia la clase de «déspota iluminado» en el poder hasta muy recientemente. Aquí, una vez más, me parece que Marx supera a Weber en su análisis de esta especificidad alemana. También aquí, Weber hace extensiva una característica particular - por cierto típica de la Alemania de Guillermo I pero no de la Inglaterra parlamentaria ni de la Francia de la tercera república al occidente en general.

Los imitadores de Weber (Richard Sandbrook) han tratado de aplicar esta dudosa tesis histórica para explicar las características específicas del poder en el Africa negra contemporánea donde en realidad la personalización y la desconsideración por la ley parecieran haber marcado a demasiados regímenes poscoloniales. Ellos simplemente atribuyen estas características a la «tradicción» africana.

¿Pero será válida la tesis del «poder patrimonial» para el Africa precolonial? Indudablemente que esta última tiene ciertas similitudes con la Europa feudal. El Africa negra precolonial es pretributaria e incluso en gran medida en el estadio que yo denomino comunal (Amin, 1980). La Europa feudal conserva las formas comunales

desde su origen bárbaro, lo cual explica el carácter primitivo y marginal del sistema tributario. Esta analogía ilustra la importancia de los derechos de costumbre en ambos casos y en ausencia de un estado burocrático legal, con el alcance que el modelo de la Iglesia es la confirmación de la dominación metafísica que rige este estadio. Por el contrario, en Africa es la ideología del parentesco - propia del estadio comunal - la que todavía domina los sistemas de legitimación del poder. Esta ideología se parece mucho al poder personalizado, en todo caso, es muchísimo menor de lo que pudiera creerse ya que el poder debe funcionar dentro del marco de la ley del derecho de costumbre que actúa como un freno ante los posibles caprichos por parte de los «jefes».

Como se verá más adelante, las actuales autoridades en Africa tienen poco que ver con esta supuesta herencia, hace tiempo desacreditada, particularmente por la trata de esclavos. Como también quedará demostrado, la cuestión del posible carisma de los dirigentes, aquí como en todas partes, no tiene raíces «tradicionales». Se trata de un fenómeno moderno que veremos más adelante.

La tesis neoweberiana no es la única forma de expresión del paradigma más amplio de la modernización. Todos recordarán el «desarrollismo» de América Latina durante las décadas del 50 y 60 el cual alegaba que la industrialización y el estilo burgués de modernización traerían por sí mismos el cambio democrático. Las dictaduras se consideraban como un resabio de un supuesto pasado precapitalista. La falacia de esta ingenua línea de argumentación se ha demostrado en los hechos. La industrialización y la modernización dentro del marco de este plan burgués han meramente producido «dictaduras modernizadas» y han reemplazado el viejo sistema oligárquico y patriarcal por una «moderna y eficiente» violencia fascistoide. El desarrollo marginal no podía tomar otro curso ya que antes de reducir más bien agravaba las desigualdades sociales.

La falta de democracia en la periferia del sistema capitalista mundial es una constante que no es un resabio de épocas anteriores, sino la consecuencia inevitable de la expansión del capitalismo real. La polarización internacional propia de esta expansión trae a su vez una multifacética polarización social interna, es decir, desigualdad en aumento en cuanto a la distribución del ingreso, desempleo extendido, marginalización, etc. El hacer del sistema mundial la unidad clave del análisis responde a un factor social de importancia crucial para comprender por qué se está luchando, en otras palabras: que el esencial ejército de reserva del capitalismo geográficamente se encuentra en la periferia del sistema. Ciertamente, el ejército de reserva está compuesto por una enorme masa de desempleados y subempleados ur-

banos (muchas veces el número de gente empleada en el occidente, aun en tiempos de crisis) y también por estamentos de trabajadores no asalariados, que, de acuerdo con el progreso en estos sectores de la actividad económica, serán a su vez expulsados de sus tierras o del llamado sector «informal» de la actividad económica urbana que los mantiene ocupados. La integración - siempre muy limitada - de fracciones de este ejército de reserva dentro del ejército activo, ocurre a través de la semiindustrialización característica de las verdaderas periferias de hoy en día o de mañana o también a través de las migraciones internacionales hacia los centros. Pero esta migración es siempre limitada, entre otras razones, por las estrategias de contratación de los centros e involucra a sólo una fracción infinitesimal del ejército mundial de reserva. El «liberalismo», que nunca ha imaginado siquiera completar su programa de liberalización del intercambio y flujo de capitales mediante una apertura sin restricciones a la migración de la fuerza laboral, sigue siendo, por lo tanto, una estafa truncada.

Límites del populismo

De este modo, la inestabilidad es la regla de la vida política de la periferia. El fondo de una perversa dictadura (militar o como sea) ampliamente bien dispuesta a las exigencias de la expansión mundial del capital, ocasionalmente es sacudido por explosiones sociales que la desafían. Tales explosiones sociales raramente conducen hacia algo que se parezca a una democracia política. El modelo más común es la respuesta «populista». Esta se encuentra en aquellos regímenes que por lo menos con legitimidad atienden algunos aspectos del problema social y consideran una estrategia de desarrollo capaz de reducir las trágicas consecuencias de la marginalización. A estos regímenes se les puede reconocer la industrialización (principalmente por parte del Estado), la nacionalización de los sectores controlados por el capital extranjero, las reformas agrarias, esfuerzos - que a veces son notables - en el campo de la educación y la salud y algunos derechos sociales que brindan cierto grado de inamovilidad laboral.

Pero ellos tienen también sus límites históricos. Por una parte, chocan con el imperialismo dominante (simplemente porque cualquier política de avance social en la periferia resulta incompatible con las exigencias de la expansión capitalista mundial) pero siguen siendo incapaces de llevar el conflicto a su conclusión lógica: la ruptura. Por otra parte, estos regímenes no son democráticos. A menudo han sido populares y, como hemos dicho, apoyados por las «masas». Pero estas masas son mantenidas en situación amorfa y pasiva, «movilizadas» para «apoyar» pero que no se les permite organizarse como una fuerza autónoma respecto de las autorida-

des. Estos regímenes, producto de una situación conocida, marcada por una débil formación de clases, se lanzan a la transformación nacional y popular sin ser capaces de completarla cabalmente. Así entonces el líder carismático es una característica común de estos regímenes populistas. Estas debilidades, propias de los sistemas populistas, al combinarse con la agresión externa, precipitan su caída con frecuencia en beneficio de un retorno dictatorial.

Existe un terreno intermedio entre las dictaduras de derecha y los movimientos populistas en el que a veces se escurre una «pequeña democracia», es decir, regímenes que reconocen el principio de elecciones multipartidarias y que conceden cierto grado de libertad de expresión pero que se quedan cortos al tratar los principales problemas sociales y/o de desafiar las relaciones de dependencia y sometimiento al sistema mundial. La gama de estas situaciones es lo suficientemente amplia como para incluir a las «democracias» aparentes, con autoridades que se mantienen en el poder la mayoría de las veces a través del fraude electoral y los otros regímenes que acatan el eventual resultado de las urnas.

Estas «democracias» son poco más que una expresión de la crisis del generalmente despótico sistema capitalista. América Latina, Corea o las Filipinas brindan ejemplos de contradicciones no resueltas por parte de semejantes regímenes. Ya que el plan de desarrollo de los regímenes que suceden a estas dictaduras no ha dado los resultados buscados, que la crisis ha demostrado la vulnerabilidad de éste y lo imposible de la «independencia», significaría para algunos legitimar las dictaduras.

Los regímenes democráticos impuestos en tales circunstancias se enfrentan a un extraordinario dilema: lo uno o lo otro, o el sistema político democrático acepta rendirse a las exigencias del «ajuste» mundial y por ende no considera ninguna reforma social sustancial - haciendo crisis sin mayor demora, como en el caso argentino - o las fuerzas populares se hacen cargo de la democracia e imponen las reformas. El sistema entonces entra en conflicto con el capitalismo mundial dominante y debe tornar desde el proyecto nacionalista burgués hacia un proyecto nacionalista popular. El dilema de Brasil y las Filipinas cae por entero dentro de esta contradicción. En Argentina ya se vio cómo los electores cansados de la impotencia del presidente Alfonsín, por propia iniciativa, se inclinaron por la sirena populista, esta vez con la indumentaria de fascistas abiertamente sumisos a los dictados extranjeros.

El cuarto excluido

Las áreas marginales más afectadas por la expansión capitalista se encuentran en un desesperado aprieto. La peligrosa condición de «cuarto mundo» no es resultado de un rechazo a integrarse dentro de la división internacional del trabajo ni de un «fallido» intento de ruptura. En realidad, el «cuarto mundo» del que se habla como algo nuevo es una característica constante de la expansión capitalista. Un claro y lamentable ejemplo de este antiguo cuarto mundo lo brindan los sectores de trabajo esclavo en las Américas durante el período mercantilista, el noreste brasileño y las Indias Occidentales, incluyendo Haití. Estas áreas eran en sus tiempos consideradas como «prósperas» y constituían el corazón de la periferia correspondiente al sistema de la época.

Más tarde, las nuevas estructuras del desarrollo capitalista marginaron a estas áreas y hoy en día se encuentran entre las regiones más lamentablemente pobres del Tercer Mundo. La historia de la expansión capitalista debería cubrir no sólo el «desarrollo» que ha engendrado. El capitalismo tiene también su lado destructor, demasiadas veces omitido en las halagüeñas proyecciones que se hacen del sistema.

¿Acaso no está África en vías de ser excluida de la división internacional del trabajo por parte de un sistema que ha entregado al continente a la especialización en la agricultura y la minería a través de una intensa explotación de sus suelos - hasta el agotamiento - y por una revolución tecnológica que suministra sustitutos para algunas de las materias primas? Las sociedades del cuarto mundo, sujetas a una ruptura pasiva a través del rechazo, por definición no pueden resolver sus problemas a través de políticas de puertas abiertas. ¿No está acaso la recolonización, endulzada a través de la caridad, tratando de ocultar el explícito fracaso de la solución neoliberal?

En estos casos, el patrón «acostumbrado» son los Tonton Macoutes en Haití, Somoza en Nicaragua y un inquietante número de dictadores del mismo tipo de África contemporánea. La tesis del poder «patrimonial» que criticáramos anteriormente se formuló en relación a estos regímenes africanos. A nivel superficial, ésta concuerda con la descripción de este tipo de régimen, es decir, extremadamente personalizado (desde el jefe de Estado hasta el pequeño funcionario administrativo, el tirano de la aldea) con un completo desprecio por cualquier noción de legalidad y derechos (incluyendo el sacrosanto derecho burgués de propiedad), para no mencionar los elementales derechos humanos y la amplia y extendida corrupción. Ha existido una fuerte tentación de atribuir esta supuesta «herencia» a la tradición

africana. Una pizca de racismo pareciera subyacer en la insinuación. En realidad, no existe semejante herencia que produzca el fenómeno del cuarto mundo sino, por el contrario, este último produce esta clase de poder. En consecuencia, el poder en cuestión no es más «legítimo» que el fraude del mismo juez que se invoca como legitimación ideológica de su comportamiento. ¿Trataríase de una cleptocracia, como la describe Nzongola-Ntalaja, más parecida a los pandilleros y a la mafia que a cualquier jefatura tradicional ya que esta última era respetuosa de los derechos de contumbre? En todo caso se trata de un Estado moderno, perfectamente funcional, a su modo. ¿Cómo podrían las autoridades funcionar de modo diferente en condiciones de cuarto mundo? Esta condición priva al Estado de toda posibilidad de basar su legitimidad sobre cualquier desarrollo perceptible y de encontrar una base social para llevar adelante la estrategia adecuada hacia una conclusión exitosa. No sólo el campesinado, la clase obrera ni los sectores marginales urbanos tiene nada que esperar de esto y ellos lo saben, puesto que hasta la burguesía es despojada de cualquier perspectiva significativa de desarrollo. Todo lo que queda es la explotación directa del poder como un medio para el enriquecimiento personal o su explotación indirecta a través del canal de las actividades económicasseudoprivadas, cuya rentabilidad depende por entero de las relaciones con el gobierno. El terror, la corrupción y la extrema personalización son por lo tanto esenciales para el funcionamiento mismo del sistema. El carisma - del que tanto se habla - aquí no tiene lugar. No se trata del carisma de los líderes que se han ganado una genuina popularidad en un momento de la historia como en los regímenes populistas, sino de unseudocarisma aderezado y cocinado por los medios de comunicación pero incapaz de engañar al público. Superficialmente, la pequeña burguesía podría considerarse como la base social para estos regímenes en tanto que un amplio estamento de ésta comparte el poder y se beneficia del presupuesto.

Cuando no se trata de una ilusión óptica, la correlación revela cierto grado de incorporación fascista de este estrato social. Sus esperanzas se han visto frustradas y, en su impotencia - y la falta de una intelectualidad revolucionaria que le ofrezca una alternativa - ésta se refugia en el culto al poder.

Democracia jacobina

Hoy en día, la principal tarea de las fuerzas progresistas en la periferia del sistema es afirmar el componente democrático que está faltando, no como un sustituto para los aspectos nacionales y sociales de la liberación nacional y popular sino más bien para reforzarlos.

En realidad, el viejo paradigma de la liberación nacional en gran medida ignoró el componente democrático esencial en su lucha por el progreso nacional y popular. La conciencia democrática bien podría ser un fenómeno nuevo puesto que las exigencias democráticas del pasado se hallaban limitadas a ciertos estamentos de la burguesía urbana y no eran manifestados con vigor excepto en los momentos particulares de radicalización de la lucha antiimperialista (el Wafd egipcio es uno de los mejores ejemplos); más aun, esta conciencia democrática se mantenía dentro de los estrechos límites del liberalismo burgués. Las tendencias dominantes en los movimientos radicales y populares de liberación nacional estaban más marcados por un contenido social progresista que por la creencia democrática de sus militantes a pesar del a veces ritualístico empleo de la palabra «democracia» y a pesar también de una conciencia más avanzada entre algunos estamentos de la vanguardia. No creo estar caricaturizando la realidad al sostener que el campesino-soldado del ejército de liberación que entró en Pekín en 1948 estaba pensando en la reforma agraria pero aún entonces sin tener conciencia del significado de la democracia. Hoy en día sus hijos, estudiantes o trabajadores tienen nuevas aspiraciones a ese respecto. Sin duda que lo mismo se aplica al campesino egipcio como al votante del Wafd y a muchos otros.

¿Pero, de qué democracia estamos hablando? Esta no es la ocasión para subestimar la herencia de la democracia burguesa occidental, el respeto por los derechos y el imperio de la ley, libertad de expresión, la institucionalización del proceso electoral y la separación de los poderes, los controles y equilibrios, etc. Pero no debemos detenernos aquí. La democracia occidental no tiene dimensión social. La democracia popular en los momentos de cambio social revolucionario (la Unión Soviética en 1920, la China de Mao, etc.) también nos ha enseñado mucho acerca de lo que debe ser el «poder popular», si le permitimos a esta manoseada expresión su verdadero significado. Detenerse en las formas democráticas occidentales sin tomar en consideración las transformaciones exigidas por la revuelta anticapitalista de la periferia es quedarse con una caricatura de la democracia burguesa y en consecuencia sentenciada a enajenarse del pueblo y por ende a una extrema vulnerabilidad. Para que nuestra democracia eche raíces debe asumir de inmediato una posición que vaya más allá del capitalismo. Y en esto, como en muchos otros dominios, funciona la ley del desarrollo desigual.

Esta perspectiva es lo que el imperialismo no puede aceptar. Por eso la campaña sobre la «democracia» orquestada por occidente pone énfasis sobre algunos aspectos de los problemas e ignora otros. Por ejemplo, correlaciona la política multipartidista con la democracia. En contraste con el lenguaje que emplean los medios de

comunicación occidentales acerca de la democracia, nuestro pensamiento se ocupa de la democracia al servicio de la liberación nacional y el progreso social y no en oposición a éstos o ignorándolos.

Yo diría que la «democracia jacobina», tomando prestada la expresión de la Revolución Francesa, es asombrosamente moderna. En cada una de las tres grandes revoluciones del mundo moderno - la francesa, la rusa y la china - el juego de las ideas y de las fuerzas sociales en los momentos de radicalización, ha tenido éxito al desplazarse más allá de los requerimientos «objetiva e históricamente necesarios» de transformación social. Por lo tanto, la democracia jacobina hizo mucho más que establecer el «poder burgués». Aunque esta democracia funcionaba dentro del marco de la propiedad privada, su anhelo de establecer un poder verdaderamente al servicio del «pueblo» chocó con las necesidades estrictamente burguesas. En esta etapa del desarrollo social, la burguesía buscaba poco más que una democracia calificada tal como se practicaba en Inglaterra, EEUU y Francia durante el siglo XIX. La burguesía además estaba deseosa de llegar a un compromiso con la monarquía y la aristocracia como lo demuestra la historia inglesa. Las aspiraciones del «pueblo», es decir, la masa de campesinos y artesanos, fue más allá. El pueblo quería algo más que «libertad de comercio» a tal punto que durante la Convención lanzaron la asombrosamente moderna consigna de «¡el liberalismo (económico) es el enemigo de la democracia!». Esta visión avanzada era un anticipo de la conciencia socialista por venir, como lo indica el babeufismo. Del mismo modo, la URSS en los años veinte y la China de Mao expresaron una visión comunista más allá de los requerimientos de «reforma nacional y popular» en agenda. Ciertamente que estos momentos de radicalización son frágiles, al final conceptos más estrechos y más cónsonos con las necesidades «objetivas» ganan la partida, pero sería muy errado subestimar su importancia como indicadores por donde va la tendencia.

La democracia jacobina rejuvenecida por la radicalización de las revoluciones socialistas de nuestros tiempos es la democracia a la que aspiran nuestras clases populares tercermundistas, aunque sea de manera confusa. Esta se distingue de la democracia liberal burguesa que ignora la dimensión de las necesarias reformas sociales tanto como las «movilizaciones populares» a las que nos referíamos anteriormente y cuyo desprecio por la democracia agotó su potencial para la renovación.

Los nuevos movimientos

Mi proposición, por cierto, no presta ninguna atención a la «moda». Esta, hoy en día, procura devaluar los momentos de radicalización revolucionaria en nombre

del «realismo», así como gusta de los ritmos pertenecientes a otras tradiciones, como ser la «democracia local» típica de los países angloparlantes. La «descentralización» y la autonomía de una sociedad civil desarticulada y fragmentada se proponen a menudo, dentro de este espíritu, como avances factibles, potencialmente más fértiles que la supuesta ilusión de una democracia popular «estatista». Las tendencias en ese sentido, a menudo teñidas de religiosidad, me parecen sugerir una estrategia extremadamente prejuiciada por el «antiestatismo» como para que francamente estén a la altura del verdadero desafío histórico.

En todo caso, algo hay que aprender de ellas y aquí se necesita de un diálogo franco. Dicho esto, difícil es hoy en día saber si los movimientos sociales de todos los tipos que se manifiestan en la periferia - y en el centro - son o no capaces de abrir camino en respuesta al desafío objetivo: Algunos de estos movimientos nos parecen sin salida. Por ejemplo, las renovaciones religiosas fundamentalistas o las retiradas comunales étnicas, son síntomas de la crisis y no su solución; son el resultado de la desilusión, se desplomarán en cuanto revelen su impotencia para enfrentar el verdadero desafío. Obviamente, esta es la expresión de un optimismo en donde la razón triunfará.

Contrariamente, otros movimientos podrían encontrar un papel en la reconstrucción de un plan para la sociedad «más allá del capitalismo», que resuelva las contradicciones que el capitalismo real es incapaz de superar, aprovechando las lecciones de los primeros pasos dados en esa dirección. Me parece que esto ocurre donde quiera que los «nuevos movimientos» - o los viejos - no sostengan exclusivamente la noción de la «conquista del Estado» sino con otro concepto de poder social por ganar. La alternativa no es «la lucha por el poder o la lucha por otra cosa» - en todo caso qué - sino qué concepto se tiene del poder por el cual se libra la lucha. Las formas de organización construidas sobre el concepto «tradicional» de poder prevaiente, poder igual Estado, inevitablemente van a perder mucha de su legitimidad una vez que los pueblos tomen la medida del carácter de este Estado conservador. En contraste, las formas organizativas que pongan el énfasis sobre el complejo contenido social del poder por desarrollar, tendrán cada vez más éxito. Dentro de esta categoría, la tesis de la política no partidista podría resultar fructífera. Lo mismo podría decirse del antiautoritarismo en América Latina en el cual Pablo González Casanova detecta el principal requisito de los «nuevos movimientos»: rechazo al autoritarismo del Estado, del partido y de la dirección y repudio a los términos doctrinarios en la ideología. Se trata de una reacción contra la pesada herencia de la formación histórica del continente e indudablemente de una reacción que estimulará el progreso. Pero, del mismo modo, y por la misma fundamental razón, el

feminismo en occidente, en su empeño de atacar por lo menos algunas de las raíces de la autocracia, deriva de la misma lógica de un concepto de poder social diferente. Hasta cierto punto, occidente se encuentra en la vanguardia de los nuevos avances por la liberación de la sociedad. Si estos avances implican aperturas «más allá del capitalismo» o resultan «absorbibles» o «recuperables» por parte del sistema social, plantea nuevos interrogantes. Por lo menos a mediano plazo parecería que las ventajas de una situación capitalista central son tales que los movimientos en cuestión no conmoverán las bases de la gestión capitalista de la sociedad.

El futuro de los «nuevos movimientos» es incierto y no es improbable que desfallezcan en el curso de la actual crisis. ¿Podrían definirse criterios objetivos para estimular a los movimientos a tomar una dirección esencialmente nacional y popular? Creo que es posible y planteo los siguientes comentarios preliminares al respecto:

Primero, la principal tarea sería la repolitización democrática de las masas. Estas tenían una visión de independencia que debe ser recuperada. Una vez que la meta se alcanzó, el lenguaje en el que se expresaba la liberación nacional se agotó. ¿Podría la nueva repolitización ser «extrapartido» o aun «contrapartido» en tanto éstos se han desvalorizado debido a su comportamiento posindependencia? La pregunta queda planteada, aunque a mí, en lo personal, un tanto me choca el grado de paternalismo que me parece subyace en la actividad de muchas de las organizaciones no gubernamentales que están en boga.

Segundo, la repolitización democrática del pueblo deberá basarse en el reforzamiento de su capacidad de auto organizarse, autodesarrollarse y autodefenderse. Obviamente que la meta del autodesarrollo a través de diferentes formas de cooperación, cogestión y gestión popular provocará conflictos en el Estado. Un conflicto abierto si el Estado es neocolonial, latente si el Estado está empeñado en un programa nacional y popular por cuanto la sociedad nacional y popular sigue siendo el lugar del objetivo conflicto de clases. ¿A través de tales acciones sería posible, por ejemplo, transformar las actividades mal descritas como «informales» en «economía popular»? En las actuales condiciones, estas actividades están totalmente integradas al sistema capitalista global y cumplen funciones precisas asegurando la reproducción de la fuerza laboral a un costo mínimo y aportando insumos semiprocesados a bajo costo. Ellas constituyen un anexo necesario para asegurar la rentabilidad de la explotación capitalista. La transformación de estas actividades en «economía popular» sería fraudulenta si este conflicto de intereses no se enfrentara abiertamente.

Tercero, el tipo de acción aquí vislumbrado plantea de nuevo la cuestión de las relaciones entre el «movimiento» y los partidos de la izquierda y el populismo histórico que se establecieron durante la lucha por la independencia o en la lucha contra el sistema neocolonial. Pareciera no ser apropiado ni urgente agrupar estos partidos - cualesquiera sean sus «errores» y limitaciones históricas - con aquellos que han sido responsables de la gestión neocolonial. De igual modo, de nuevo se plantea la cuestión de las relaciones entre el «movimiento» y las nuevas fuerzas que en un momento u otro han estado integrando una plataforma nacional y progresista. Obviamente, estoy pensando en las organizaciones de soldados progresistas y antiimperialistas, en la base de los cambios en respuesta a las aspiraciones populares, aunque éstos se hubiesen producido mediante golpes de Estado (Egipto, Libia, la Ghana de Rawlings y la Burkina Faso de Sankara).

Cuarto, el análisis de la estrategia para la repolitización democrática implica la reapertura de por lo menos tres amplios debates de importancia teórica: sobre el papel de los intelectuales revolucionarios como catalizadores sociales capaces de diseñar un plan alternativo concreto y que promuevan las luchas por su implementación; debate sobre el contenido de este plan alternativo, siendo, en mi opinión, fundamental su enfoque potencialmente universalista, su relación con la herencia cultural nacional, etc.; debate sobre la perspectiva a largo plazo: ¿Socialismo o capitalismo? A pesar que hoy en día está de moda negar la validez de tales debates, yo pienso que son indispensables. Aquí sólo los bosquejo ya que los he discutido en detalle en mis otros artículos.

Quinto, la historia reciente tiene algunos ejemplos tentativos en este sentido. Me refiero aquí a la experiencia de la Burkina Faso de Thomas Sankara y de otros aun más agredidos por los medios de comunicación dominantes de occidente, el gadafismo por ejemplo. Obviamente que los primeros pasos no alcanzan a resolver los problemas fundamentales de la relación entre las autoridades y los partidos de la izquierda radical, la relación con el populismo, con los soldados, etc. No obstante, debe abrirse el debate sobre estas proposiciones.

Sexto, no voy a sugerir fórmulas mágicas, de las cuales me guardo el secreto, para reemplazar el necesario diálogo democrático entre todos los elementos del movimiento. Simplemente sugeriré que si la polarización impone un «desarrollo alternativo», las condiciones de la opción serían la aceptación de que la «riqueza» es la columna vertebral de las aspiraciones que es menester promover o bien su reemplazo por el «bienestar». ¿Cómo? Primero, regresando al viejo Marx cuya crítica del mercado (la alienación de la mercancía) lejos de haber sido desplazada ha rejuve-

necido por los redescubrimientos del movimiento contemporáneo. Un «mercado» que no debe ser «controlado» sino eliminado aunque muy gradualmente a través de una lenta maduración de la conciencia y la práctica y no a través de un rechazo burocrático.

En el análisis final, la cuestión de la democracia no podrá debatirse sin referirse a los conceptos filosóficos subyacentes en las diferentes interpretaciones de esta.

Las corrientes contemporáneas de opinión ampliamente tipificadas por el evolucionismo y el pragmatismo angloamericano empobrecen el debate tratando la democracia como una gama de derechos y prácticas magramente definidas, independientes de la perspectiva social que se desea. Esta democracia puede, entonces, estabilizar la sociedad dejando que la «evolución» de las fuerzas «objetivas» operen al margen de la voluntad humana. Además, en el análisis de estas fuerzas objetivas el foco se sitúa en el avance técnico y científico en tanto que las realidades sociales que yacen detrás de las «fuerzas del mercado» son sistemáticamente confinadas. Finalmente, la transformación democrática de la sociedad se considera en gran medida como el producto de la evolución, por ende, el rol funcional del proceso revolucionario en la historia puede ser minimizado. Me ubico diametralmente enfrentado a esta línea de argumentación. El análisis de la alienación economicista aportado por Marx es, en mi opinión, fundamental para cualquier familiarización realista y científica del mecanismo de la reproducción capitalista. Es el único análisis que sitúa a la democracia en su verdadero contexto y comprende su rol estabilizador. Junto a Marx, la Escuela de Frankfurt y Karl Polanyi encuentro imposible interpretar nuestro mundo fuera de esta referencia analítica. El método surge de la necesidad de una rehabilitación de la crucial función de las revoluciones. Los momentos de transformación cualitativa y de la cristalización de las potencialidades son inconcebibles sin la revolución.

Tres revoluciones

En vista de esto, el mundo contemporáneo y la percepción de su futura superación son el producto de las tres grandes y únicas revoluciones del mundo moderno, la francesa, la rusa y la china. Junto a Immanuel Wallerstein yo le atribuyo una importancia cualitativa a la ruptura iniciada por la Revolución Francesa. La ruptura sustituye a un sistema de legitimación religiosa, apropiada para lo que denomino ideología tributaria. En ese sentido, la ruptura inició las evoluciones posteriores ya sea de la democracia burguesa o el socialismo. La consigna de la Comuna de París

en 1871 «ni Dios ni César ni Tribuna» no fue accidental. Esta derivó de la consigna de 1789 «libertad, igualdad y fraternidad».

El énfasis sobre este aspecto ideológico de la Revolución Francesa desafía el concepto mismo de revolución burguesa. La supuestamente fundamental definición de lucha de clases enfrenta a opresores y oprimidos en un modo de producción dado. Por ejemplo, los campesinos y los señores feudales, el proletariado y los capitalistas. La revolución burguesa sería entonces necesariamente una revolución campesina y la revolución socialista una revolución obrera. Pero, el capitalismo no abolió la explotación feudal para reemplazarla por una sociedad igualitaria meta de las luchas campesinas, éste estableció una nueva forma de explotación, posibilidad que ni siquiera había sido imaginada por los campesinos combatientes. La nueva sociedad capitalista y la clase burguesa se establecieron, en parte, en el límite o fuera de la sociedad feudal (compuesta por campesinos y señores feudales) en las ciudades libres y en parte aun dentro del campesinado, pero, a través de nuevas diferenciaciones (campesinos ricos y campesinos sin tierra reducidos al estado de trabajadores agrícolas) producidas por la expansión de las relaciones mercantiles a veces fortalecidas por las luchas campesinas. Como sabemos, esta nueva sociedad capitalista maduró lentamente en el interior de los viejos regímenes, es decir, sistemas político-sociales que seguían siendo esencialmente «feudales». De este modo, la revolución burguesa se constituyó en el momento político que marcó la abolición del viejo régimen y con la instalación de un nuevo tipo de organización que aseguraba el dominio político de la nueva clase económicamente dominante. La revolución burguesa es por lo tanto no el punto de partida sino la culminación del desarrollo capitalista.

La coincidencia entre la revolución social campesina y la revolución política burguesa ha ocurrido una sola vez en la historia - la Revolución Francesa -. Por lo tanto, es genuinamente la única revolución de la etapa burguesa de la historia. Obviamente que aquí la burguesía fue obligada a entrar en alianza. Sus radicales avances y retrocesos le dieron forma a las etapas de la revolución misma y a sus posteriores evoluciones. De este modo, no existe coincidencia comparable ni siquiera en Inglaterra. La radical revolución campesino-burguesa de mediados del siglo XVII en Inglaterra, quizás porque fue anterior (como lo evidencia su expresión a través de la reinterpretación religiosa, en tanto la Revolución Francesa secularizó la política, la anterior se produjo antes del siglo de oro, la segunda lo heredó) fue abortada a fines del siglo dando paso a la escasamente gloriosa «Gloriosa Revolución», que ni siquiera fue revolución. Tampoco en Norteamérica. La liberación del yugo colonial fue un acto político carente de impacto social revolucionario ya que sólo confirmó

en el poder a la sociedad mercantil establecida como tal en Nueva Inglaterra desde la partida. Significativo es el hecho que la revolución norteamericana ni siquiera planteó el problema de la esclavitud. Posteriormente Alemania, Italia y Japón. La regla general es que el capitalismo se desarrolla sin una revolución campesina aun cuando las luchas campesinas han contribuido a su desarrollo o han dado forma a su curso particular. En todo caso, el capitalismo no se desarrolla sin una «revolución agrícola» en el sentido de establecer una burguesía agraria a menudo de grandes terratenientes (antiguos señores feudales) desalojando al exceso de población rural con el objeto de modernizar la gran producción dirigida al mercado. En todos estos casos, la burguesía ataca al Estado, lo copa y realiza los cambios sociales desde arriba.

Las muy particulares circunstancias de la Revolución Francesa explican sus avances más allá del mero ajuste en las relaciones de producción a las exigencias del desarrollo capitalista, su legitimidad secularizada, sus conceptos universales y la abolición de la esclavitud que ella proclama. Estos avances entreabrieron la ventana hacia un futuro todavía distante. Sin la Revolución Francesa, el socialismo utópico o Marx serían impensables.

Las revoluciones rusa y china también tuvieron una dimensión de grandeza a veces descrita como «mesiánica», erróneamente en mi opinión, puesto que el futuro que ellas auguran sigue siendo una posibilidad realista, una necesidad, si es que la humanidad ha de evitar la barbarie. Así, queda claro que estos avances que van aun más allá que aquellos concebidos en París en 1793 y 1871 - la expansión del capitalismo por un lado y el fenómeno de Marx por otro, ocurrieron en su ínterin - no son el simple producto de exigencias objetivas para la inmediata transformación social en la agenda rusa de 1917 y china de 1949. Sostengo, por lo tanto, que cuando se defina nuestra visión del mundo moderno y su posible futuro al que se aspira, las tres revoluciones en cuestión son los más grandes momentos. Creo que encontrar momentos anteriores tan decisivos significa retroceder de 1500 a 2500 años. Regresar a los tiempos de las grandes revoluciones ideológicas a través de las cuales se expresó la cristalización de la sociedad tributaria en nuestra parte del mundo bajo las sucesivas formas del helenismo, la cristiandad y el Islam y en otras partes, bajo la forma del confucionismo y el budismo. A nivel ideológico - instancias dominante en las sociedades precapitalistas - ellas representaron una transformación cualitativa gigantesca, como aquella forjada por las tres revoluciones modernas de nuestra era. Vale también la pena anotar que estas antiguas revoluciones fueron más allá del simple ajuste a las exigencias de la evolución social al proclamar, por ejemplo, el universalismo que las sociedades tributarias regionales necesariamente

no requerían (Amin, 1989 a). Los cambios, entretanto, han sido sólo de importancia menor o local, provocados simplemente por el continuo ajuste de las varias esferas de la actividad social a las limitaciones de la «evolución».

La percepción del problema de la democracia, que podría ser detallada dentro del marco analítico que ofrecemos aquí, es muy diferente de la que sigue la filosofía evolucionista angloamericana. La democracia se convierte en un factor desestabilizador, en la vía a través de la cual los conceptos «adelantados a su tiempo» continuaban desarrollándose y estimulan el avance de la acción social.

La actual ofensiva occidental ostensiblemente en favor de la democracia tiene el mérito de esconder esta tendencia desestabilizadora de la misma. Hago la deducción, entonces, que no se trata realmente de una ofensiva en favor de la democracia sino más bien una contra el socialismo. La causa de la democracia - en su versión empobrecida como medio para estabilizar una sociedad alienada - es empleada entonces como un arma táctica y, como todas las armas tácticas, ésta se despliega con cierto grado de cinismo. ¿Qué otra explicación habría para la manera en que los medios de comunicación occidentales - tan quisquillosos en la defensa de la libertad de expresión en los países del socialismo real - se alzan en defensa de la libertad de los musulmanes afganos quienes no ocultan que su programa apunta hacia el cierre de las escuelas - comenzando por aquellas para niñas, por supuesto - que los infames secularistas pagados por Moscú se han atrevido a abrir? ¿Qué otra explicación habría para la manera en que estos medios ignoran las intervenciones de tropas paracaidistas occidentales al rescate de dictadores africanos cuando éstos ya no dan para más? ¿Qué otra explicación habría para la manera como estos asiduos defensores de las libertades sindicales en Polonia ignoran que las políticas de ajustes impuestas en el Tercer Mundo contemplan el desmantelamiento de los sindicatos?

Traducción a cargo de Sergio Anacona

*Este artículo es mi aporte a un debate sobre el problema de la democracia iniciado en las páginas del periódico de CODESRIA Africa Development, No. 1, 1988. (El aporte de Peter Anyang' Nyong'o; ver también en la serie del Third World Forum mi prefacio al trabajo de P. Anyang' Nyong'o (ed.): Las Luchas Populares por la Democracia en Africa, 2 ed., Londres y United Nations University, Tokio, 1987) y en Africa Development No. 3, 1988 (el aporte de Thandika Mkandawire y la respuesta de P. Anyang' Nyong'o).

Referencias

- *Amin, Samir, CLASS AND NATION, HISTORICALLY AND IN THE CURRENT CRISIS. - Nueva York, USA, Monthly Review Press. 1980; L'Europe et les rapports Nord-Sud.
- *Amin, Samir, CLASS AND NATION, HISTORICALLY AND IN THE CURRENT CRISIS. - Londres, England, Heinemann. 1980; The end of national liberation?
- *Amin, Samir, MA BAD AL RASMALIA. - Beirut. 1987;
- *Amin, Samir, AL INTELLIGENTSIA. - El Cairo, Qadaya Fikriyya. 1988;
- *Amin, Samir, EUROCENTRISM. - Nueva York, USA, Monthly Review Press. 1989;
- *Amin, Samir, EUROCENTRISM. - Londres, England, Zed Books. 1989;
- *Amin, Samir, L'EVNEMENT EUROPEEN. 7 - 1989;
- *Amin, Samir, NAHW NAZARIA LIL THAKAFA. - Beirut. 1989;
- *Amin, Samir, DELINKING: TOWARDS A POLYCENTRIC WORLD. - Londres, England, Zed Books. 1990;
- *Amin, Samir, TRANSFORMING THE REVOLUTION. - París, France, Payot. 1983;
- *Adolf, Erman; Hermann, Ranke, LA CIVILISATION EGYPTIENNE. - París, France, Gallimard. 1988-89;
- *Etiemble, René, L'EUROPE CHINOISE. - UNU-TWF. 1988;
- *González-Casanova, Pablo, EL ESTADO Y LA POLITICA EN AMERICA LATINA. - Londres, England, IFAA. 1987;
- *Nzongola-Ntalaja, REVOLUTION AND COUNTERREVOLUTIONS IN AFRICA: ESSAYS EN CONTEMPORARY POLITICS. - Turín, Italy, Boringheri. 1987;
- *Polanyi, Karl, LA LIBERTA IN NA SOCIETA COMPLESSA. - Cambridge, USA, Cambridge University Press. 1985;
- *Sandbrook, Richard; Barker, Judith, THE POLITICS OF AFRICA'S ECONOMIC STAGNATION. -